

Enfoques de la educación latinoamericana en el siglo XXI¹

Adriana Puiggrós

Los profesores que ven ustedes acá colaboran como asesores en la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados de la Nación. Desde ese rol producen vinculaciones importantes entre el trabajo académico y la legislación. No me refiero solo a leyes vinculadas de manera directa a la educación formal. La postura que hemos venido trabajando desde hace años con los compañeros de APPEAL (de Buenos Aires, México y otros países de la región) se pone en juego ante los temas políticos, económicos y sociales argentinos y latinoamericanos que se tratan en el Parlamento. Por otra parte, la cuestión educativa abarca mucho más que la educación formal, e incluso que los procesos que los pedagogos reconocemos como educativos. Al respecto, la conformación parlamentaria sigue un criterio formalista y burocrático, puesto que ubica en comisiones distintas el tratamiento de los problemas de la infancia y la adolescencia, y los referidos al sistema escolar y la educación superior.

Desde la Comisión de Educación hemos recuperado temáticas que requieren tratamientos multidisciplinarios, referidos a sujetos como la primera infancia, las personas privadas de su libertad, las personas discapacitadas, los jóvenes que abandonaron sus estudios. Al mismo tiempo, hemos encarado reformas estructurales del sistema de educación superior y estamos analizando en profundidad el problema de las articulaciones entre los programas de educación popular (alfabetización, Programa “Fines” –finalización de la secundaria y secundaria integral acelerada–, de capacitación laboral y otros), con el sistema tradicional.

Debo decirles que cuando empezamos a trabajar en México en los proyectos que constituyeron la base de APPEAL, lo hicimos a partir de dos preguntas: “¿Qué se entiende por educación popular? y ¿qué entendemos por educación popular?” Porque la concepción sobre ese tema es bastante controvertida. Algunos lo identificaron durante las décadas de 1970 y 1980, incluso la de 1990, con la educación de adultos. Otros lo reducían a la alfabetización. Cuando la obra de Freire alcanzó una dimensión latinoamericana y se difundió *La educación como práctica de la libertad*, el primer libro de Freire, y luego *Pedagogía del oprimido*, se abrió un espectro de posturas en América Latina; en el campo de la educación popular actuaron múltiples sujetos, incluso antagónicos. Llegaron a abarcar desde los movimientos guerrilleros centroamericanos de aquellas décadas, hasta organismos internacionales de corte neoliberal.

Dentro de aquel espectro, había discusiones muy importantes, muchas de las cuales remitían a una pregunta de la izquierda y del centro izquierda, vigente desde que Lenin en 1905 escribió el *Qué hacer*, libro que vale la pena leer con ojo muy crítico,

¹ Conferencia pronunciada en el marco de la materia “Metodología Historia de la Educación”, dictada por la doctora Lidia M. Rodríguez; con la participación de los seminarios “Movimientos sindicales docentes y procesos de formación pedagógica de delegados”, dictado por Sonia Laborde e “Investigación educativa. Desigualdades sociales y diferencias en educación”, a cargo de Sofía Thisted y Sonia Laborde, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el 6 de marzo de 2013.

pero leerlo. La incógnita es si la educación popular debe despertar “el espíritu del pueblo”, supuesto por definición revolucionario, como si existiera un pueblo esencialmente revolucionario comprometido de manera genética a transformar la realidad o la contraria, si la conciencia popular tiene un techo y si hace falta un elemento externo que la eduque. Ese elemento es para Lenin el pensamiento de vanguardia de intelectuales y de sectores más formados, que impacte para producir un cambio en la conciencia. Lo digo muy esquemáticamente, es una temática que siempre estuvo presente. Desde los fundamentos filosóficos y políticos del cristianismo tercermundista, la pedagogía de la liberación o la teología de la liberación hasta la preocupación principal de Freire.

En la década de 1970, grupos políticos y dedicados a la educación popular no sólo mexicanos sino centroamericanos, salvadoreños, nicaragüenses, concurrían al seminario que dictábamos en la Universidad de México. La necesidad de atender el enorme analfabetismo que afectaba a gran parte de los latinoamericanos era una motivación, pero el interés derivaba hacia la relación entre educación y política, así como hacia las aplicaciones académicas de las categorías freireanas. La búsqueda de respuestas en la obra de Freire se torna difícil en relación a este último tema, porque Paulo Freire no llega a desarrollar una nueva teoría, pero sí a construir un nuevo imaginario. Esa es mi idea, un poco complicada para exponerla hoy.

Freire pone en juego una visión de la educación que realmente cambia las coordenadas, cambia el orden de los sujetos; y toma un punto, a mi manera de ver, central, que es la posibilidad de la educación, del intercambio de lugares entre el sujeto educador y el sujeto educando. Esa es una de las cuestiones centrales que plantea Paulo Freire. Porque el concepto de “educación dialógica” pone en crisis a la educación moderna, dado que un pilar de la educación moderna es el lugar del maestro, el lugar del educador, el lugar del profesor; el lugar del saber está en el lugar del profesor. Hay una profundidad en ese postulado que merecería ser comparado con el sujeto rousseaiano, cuya incierta pasividad se arruina cuando emerge la inminencia de establecer el contrato social.

Cuánto y cómo es posible incidir en que el “pueblo” se torne “educando”, cuánto es capaz de aprender, qué cultura tienen derecho a “transmitirle” las generaciones anteriores, los activistas sociales y políticos, es parte de lo que Freire pone en crisis. Y por cierto (esto es una digresión pero me acordé y es muy interesante) esa temática que recorre a los más importantes filósofos del siglo XX. Estoy relejendo *Así habló Zaratustra*, de Nietzsche, que es muy reaccionario pero está maravillosamente escrito. Si uno logra soportar su radical escepticismo sobre la sociedad, encuentra la misma pregunta con el mismo problema cuando él plantea que la solución del hombre está en el hombre; no está en Dios, Dios ha muerto, la solución del hombre está en el hombre. Pero no en el hombre como esencia sino proyectado como un futuro producto de una afiebrada búsqueda.

Volvamos a la educación popular en América Latina. En 1967 Freire publica *La educación como práctica de la libertad*; aunque circuló antes, comienza un ciclo. Luiz Inácio “Lula” da Silva y Néstor Kirchner en 2003, y dos años antes Hugo Chávez. Los escenarios son distintos pero coinciden en el rechazo a las políticas educativas cuyo motor son intereses del capital y las reglas del mercado que avanzan aceleradamente: desarrollismo en la década de 1960 y principios de la de 1970 en América Latina, las

dictaduras, la socialdemocracia, y luego con el arrasador asentamiento del neoliberalismo. Este último ha logrado una construcción hegemónica: hay que comprender que no afectó solo las instituciones, sino que penetró en la conformación de los sujetos y organizó al conjunto de la sociedad. El neoliberalismo caló el mundo, triunfó y organizó, y sigue teniendo las llaves del imperio. Es un sistema que se engarza con las claves del liberalismo clásico, lo que le permite enmascarar las nuevas formas de opresión y de apropiación.

La desobediencia

Detengámonos en el enunciado “educación dominante”; contemplemos en su núcleo al sagrado normalismo. Complejo recorrido el del normalismo. Hoy estuve en el Palacio Pizzurno, donde funciona el Ministerio de Educación de la Nación. Observé una vez más la excelente colección de cuadros, colocados en los anchos pasillos y los solemnes salones. Hay un silencio en esos pasillos, un silencio extraño que soy incapaz de interpretar cabalmente, pero al menos puedo decir que suena como advertencia de la historia frente a los peligros del mercado de la educación, pero también, conservadora, ante los intentos de transgresión democrático popular en la escena pedagógica normalizadora.

La desobediencia al discurso escolar moderno y liberal está viviendo una nueva etapa en América Latina. La politización de la educación es una de las claves: abre inéditas perspectivas en el proceso de enseñanza y aprendizaje. Así lo hacen los venezolanos desde la presidencia de Hugo Chávez, el Ministerio de Educación a cargo de Aristóbulo Isturiz, nieto de esclavos, maestro rural, militante político de la izquierda, y continúa hoy el gobierno de Nicolás Maduro. Escuela y militancia no son incompatibles en la idea de Chávez y de Aristóbulo; por eso fundaron un sistema de educación popular con la herencia del maestro Simón Rodríguez. El aporte cubano es fuerte, pero la experiencia venezolana tiene su singularidad y sus propias dificultades. Parte de una economía capitalista de Estado que tiene como meta crear condiciones para el socialismo; la política educativa sigue esa lógica. Aunque el viejo sistema persiste en la educación pública y privada, los programas “robinsonianos” avanzan en educación popular, llegando a cientos de miles de venezolanos a quienes no alcanza el sistema escolar normalista.

A la hora de decidir el chavismo como resolver las urgencias educativas, elige trabajar junto con el pueblo; o sea que no se trata de llevar una idea maravillosa al pueblo que está despojado de toda idea, ni tampoco de esperar a que el pueblo tenga esencialmente una idea maravillosa y que entonces el educador popular sea solo un animador cultural. Lean los discursos de ese gran educador que fue Chávez: de ninguna manera dice que el pueblo ya sabe; y tampoco dice que le van a enseñar todo. En la relación entre el líder y las masas hay creación.

Creo que es interesante estudiar las condiciones políticas y sociales desde las cuales se formulan los programas educativos en Venezuela para entender si hubiera habido otras opciones, para deslindar entre las características duras y condicionantes y las posibilidades que se abren cuando se opta por el consejo de Simón Rodríguez: “Inventamos o erramos”.

Con la intención de traspasar la cortina de términos pseudo pedagógicos que nos derrama el neoliberalismo, es indispensable hacer educación comparada con categorías que superen la información y las interpretaciones de la versión que impusieron los organismos internacionales. Conviene entender a otros países de América Latina para llegar luego a discutir qué ocurre en el propio. Si todos tenemos la misma opción, si hay otras, qué es lo que se está haciendo, qué peligros se están corriendo y qué se proyecta.

Por esa razón es interesante detenernos en Bolivia, una formación político-cultural distinta a la venezolana y a la argentina. La gran mayoría de la población está formada por pueblos originarios (aymaras, quechuas, guaraníes, entre otros) que conservan sus lenguas, sus instituciones, sus costumbres. Evo Morales es su representante, el español es su segunda lengua, su gobierno es el de los pueblos indígenas. Primer Estado indígena en la historia moderna no solo de Bolivia sino de América Latina.

En cuanto a la educación, el gobierno de Evo retoma su historia: el propio Bolívar había nombrado a Simón Rodríguez como director general de Enseñanza Pública en 1825. Como es sabido, el educador fue perseguido por la sociedad pacata y racista de Potosí. En el curso de casi dos siglos transcurridos hasta la actualidad, se probaron modernas concepciones educativas de cada época (la enseñanza mutua, el método de Decroly, entre otros) pero predominando un sistema destinado a los blancos y mestizos que no penetraba ni articulaba las culturas indígenas. Si bien desde el multiculturalismo liberal se tuvo en cuenta esas culturas, su voz recién llegó con el actual gobierno, a impactar en el corazón del sistema escolar.

Venezuela y Bolivia eligieron rutas distintas para alcanzar los mismos objetivos. En ambos casos el anhelo es incluir e integrar, y en una y otra situación conviven conflictivamente la educación popular con el normalismo liberal. Al mismo tiempo, tanto en Venezuela como en Bolivia, transcurre un enorme proceso pedagógico, más allá de las instituciones educativas, en el escenario político.

Otra trayectoria es la de Brasil. Cuando llega Lula al poder, el Partido de los Trabajadores (PT) ya tiene muchos años de experiencia en gobernar municipios, donde ese partido no había hecho tan solo experiencias focalizadas sino modelos de gobierno, acumulando saberes de gestión educativa. Empero debe advertirse la dificultad que presenta en Brasil la descentralización previa de la educación. Brasil recién tiene un organismo central de educación en 1930 con el gobierno de Vargas. Recién en ese momento hay una Secretaría de Educación a nivel nacional. Sin embargo, los diez años de gobierno del PT han mostrado la vinculación estructural entre las políticas sociales destinadas a mejorar la distribución del ingreso y las políticas educativas populares.

Lo que quiero mostrar antes de hablar sobre Argentina es que cuando hablamos de educación popular desplegamos una discusión. Tenemos que empezar a redefinir muchas cosas. No podemos quedarnos con categorías definitivas, no podemos decir "la educación popular es esto". Aunque tengamos en claro qué educación no es popular. Hay muchas maneras de organizar ese concepto y la práctica de la educación popular. Pero al mismo tiempo, me parece que hay claridad respecto a algunos sujetos que son claramente antipopulares. Después siempre hay un campo ambiguo, un espacio de ambigüedad. Pero no cabe la menor duda de que los proyectos de las dictaduras militares y el proyecto educativo neoliberal fueron antipopulares.

Naturalmente hay que definir uno y el otro; no son iguales, aunque comparten responder a las estrategias dominantes en el terreno internacional, de cada época. ¿Acaso nos olvidaremos quién derrocó a Salvador Allende o del Plan Cóndor? Y si ustedes analizan las políticas educativas neoliberales van a ver que responden a un modelo que se aplica en los distintos países, más allá de que tenga efectos distintos; pero esos efectos tienen también un espectro de distinción; porque en toda América Latina ataca la educación pública, trata de dispersar a los sindicatos docentes, descalifica a los docentes de las escuelas estatales, abre espacio el ámbito educativo al mercado, intenta incidir en la ciudadanía para que conciba la educación como una mercancía. Hay países donde caló hondo ese modelo. En Colombia se logró la privatización de gran parte del sistema escolar y los gobiernos chilenos fueron quienes aplicaron más puntualmente las recetas del Banco Mundial. El “modelo” chileno fue exhibido como el ejemplo del éxito hasta que miles de estudiantes salieron a las calles poniendo de manifiesto la falacia de esa afirmación.

Analicemos finalmente la experiencia argentina. Cuando asumió Néstor Kircher en 2003, el movimiento gremial docente ocupaba la calle y la educación estaba entre los principales reclamos de la sociedad. El gobierno de Carlos Menem no había conseguido aplicar totalmente el programa de mercado, aunque creció el sector privado y la capacitación docente se convirtió en un buen negocio para particulares. Pero, siguiendo las directivas de expertos del Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), había procedido a fragmentar el sistema escolar de manera horizontal y vertical.

Denomino horizontal a la división del sistema educativo nacional en tantas fracciones como provincias, veinticuatro, vaciando el Ministerio de Educación de la Nación, y retrocediendo de esa manera a la situación anterior a la Constitución de 1853. Con “fragmentación vertical” me refiero al establecimiento de la Educación General Básica (EGB) de nueve años que partió el ciclo de enseñanza media, primarizó los tres años iniciales, últimos obligatorios. En proyecto, que no se concluyó, consideraba el arancelamiento de la educación pública desde el 4º año de la escuela secundaria, incluyendo toda la educación superior. El movimiento sindical docente, en especial la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA) constituyó el más fuerte lazo de unión entre la educación relegada a las provincias, al luchar por un sistema nacional de bases federalistas. La “Marcha Blanca” y la “Carpa Blanca” fueron acontecimientos nacionales de protesta de los docentes de todo el país. En cuanto a las universidades, el movimiento de los docentes y estudiantes fue casi inexistente y la reforma neoliberal avanzó dentro del sector público material y simbólicamente, pese a los magros salarios y las descalificaciones que los gobernantes emitían y los medios de comunicación se encargaban de difundir.

Al día siguiente de asumir como presidente, Néstor Kirchner viaja a la provincia de Entre Ríos, donde había una fuerte huelga, y resuelve el tema salarial docente. En realidad, el Incentivo Salarial Docente se había votado en el 1998; fue el primer proyecto que votó el Congreso después de la elección de la Alianza (por el Trabajo, la Justicia y la Educación). Pero la crisis se desencadenó casi de inmediato y ese gobierno

no cumplió con la ley. Kirchner encuentra la forma de poner el incentivo al día; comienza una escalada de aumento salarial, hasta actualizar los sueldos docentes. Desde entonces, cada año discuten un aumento partiendo de un piso de dignidad. En los gobiernos de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández de Kirchner se establecen por primera vez en la historia argentina la paritaria salarial docente a nivel nacional y las provincias aprueban convenciones colectivas de trabajo locales.

Sintéticamente, las principales medidas que tomó el gobierno kirchnerista fueron el dictado de la Ley de Educación Nacional, la Ley de Financiamiento Educativo y la Ley de Educación Técnica y Formación Profesional. El impulso a la educación técnica fue el más importante de la historia, así como la construcción de escuelas, que superó a todos los gobiernos anteriores. La creación de los canales “Educar” y “PAKA-PAKA” fueron algunas de las numerosas contribuciones educativo-culturales.

Durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner se alcanzaron casi todas las metas establecidas por la Ley de Financiamiento Educativo, destacándose la superación de la meta de inversión del 6% del PBI en educación, más cerca de 1 punto en Ciencia y Tecnología. Se avanzó en el reparto de tres millones de computadoras en las escuelas públicas, en la mejora de la educación secundaria, en la mayor inversión en toda la historia argentina en educación técnica.

Al mismo tiempo, las organizaciones sociales nacidas en la lucha contra el menemismo, y en la crisis de la Alianza, consolidaron programas, experiencias, bachilleratos populares, escuelas, guarderías comunitarias. El Ministerio de Desarrollo Social desplegó programas educativos y se vinculó en el territorio con aquellas organizaciones. Desde 1973, cuando el gobierno de Héctor J. Cámpora promovió los programas de la Dirección Nacional de Educación de Adultos (DINEA), no se ejecutaban en el país planes de educación popular. Y no hay antecedentes de programas de magnitud semejante a los actuales, ni por la inversión, ni por los resultados. La Asignación Universal por Hijo (AUH) permitió regresar a la escuela al sector social que históricamente había engrosado la fila de los desertores. La obligatoriedad escolar desde los 5 años (4 años en la provincia de Buenos Aires), establecida por la nueva ley, motivó que el 98% de los niños y las niñas de esa edad concurren a los jardines de infantes. Hoy Argentina tiene menos del 2% de analfabetismo y la presidenta acaba de otorgar el certificado de secundaria N° 400.000 en el programa “Fines”, esfuerzo conjunto de los ministerios de Desarrollo Social y Educación. Deben agregarse numerosos programas de capacitación del Ministerio de Trabajo y de Defensa, entre otros. Podemos referir numerosas leyes que cambian la situación de grupos específicos, que ya mencioné, como los discapacitados y las personas privadas de libertad, las nuevas leyes de jubilación de los docentes, delineadas en conjunto por los legisladores, y los representantes gremiales, el avance en los derechos de los estudiantes, como la ley de Centros de Estudiantes, entre otras.

El sistema ha crecido y se ha diversificado. Sectores históricamente excluidos fueron convocados y se integraron. Ahora es necesario garantizar su permanencia y el término de sus estudios. Se presenta, además, un problema que puede ser serio si no se lo atiende con medidas estructurales: que los programas populares se consoliden como ramas descalificadas de la educación pública. Otra cuestión crucial es la integración de la tecnología a la cotidianeidad de la enseñanza y, vinculado a ello, la capacitación docente. Este último tema es crucial porque, si bien el Ministerio de

Educación de la Nación presta ayuda a las provincias al respecto, urge concebir un programa nacional destinado a la formación filosófica y política de los trabajadores de la educación. Los educadores necesitan actualizarse en sus áreas de especialización, pero sobre todo redefinirse como sujetos de un escenario educativo en el cual han perdido el lugar de depositarios de todo el saber. La construcción del vínculo dialógico que genialmente aconsejó Paulo Freire, requiere que cambien de manera profunda.

Con respecto al tema de la educación superior, sólo diré que hoy tenemos un nuevo nivel constituido por instituciones diversas (universidades, institutos, centros de investigación, de formación de técnicos, entre otras) que han surgido más vinculadas a las leyes del mercado que a una planificación nacional acorde a la Ley de Educación Nacional. Esa es una deuda que tenemos, no solo el gobierno sino los universitarios y en particular los pedagogos.

Quiero mencionar nuevamente la importancia de analizar las decisiones estructurales que tomaron otros países, en especial latinoamericanos, en el post neoliberalismo. No dejar de tener en cuenta la persistencia de las concepciones neoliberales, ni pretender restaurar la vieja escuela o las antiguas universidades. Apelo una vez más a la responsabilidad de los pedagogos, pues el oleaje del siglo XXI parece habernos pasado por encima.